

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas

Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS

res meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	8 pesos

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTÍN.	2,50
Idem del Suplemento....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

OTRA ROMERÍA

«¡A la peña! ¡A la peña de Francia, hermanas mías! ¡A venerar á María Santísima! ¡Acompañadme todos y todas! ¡Por Dios os lo pido!»

Así estuvo graznando en Cepeda (Salamanca) durante quince días antes de la peregrinación, el vagabundo padre Cadenas; sólo que, en vez de pedirlo por Dios, debiera haber dicho: «Os lo pido por mí.»

Porque debe advertirse que el muy cuco, para hacer méritos ante su amo, el padre Cámara, arregló una lista de los que le acompañaron, que ni las electorales de ciertos caciques.

Para tener una idea de la fabulosa multiplicación de nombres que ha hecho el páter, habría que remontarse á la de los panes y los peces.

Pero prescindamos de la castaña que ha dado á su ilustrísima, para ser solo fieles cronistas de la jira piadosa.

Salieron los romeros de Cepeda á las dos de la tarde, hora la más á propósito en este tiempo para viajar en pelo, es decir, á pie descalzo como iban algunas devotas que habían hecho esta cristiana, pero bárbara y sucia promesa.

No le entraba el fervor tan fuerte al cabestro místico de la vacada ¡un demonio!; así que se había provisto de un arrogante mulo, y cubierto su cabeza con una sombrilla para librarse del sol, que apenas calentaba entonces.

Llegaron á la peña recaudando reses que se agregaron á la manada durante el camino, y cantando. Figúrese el lector con qué ganas cantarían las que iban descalzas subiendo pendientes de una, y media legua.

Llegaron, repito, y allí fué Troya.

Salen desatados y rebuznando ó cantando á su encuentro un emisario del obispo y otros clérigos, se conmueven los recién llegados, hay vivas y oles místicos, y entre ruidosos relinchos espirituales, suben todos alborotando á la ermita donde se venera á la virgen.

Debo advertir al lector que la imagen que hoy existe allí no es la auténtica, la milagrosa, ¡vamos! la que se apareció. Esta fué *irregularizada*, pues sabido es que ni las vírgenes están seguras donde andan ciertas gentes.

La actual, para ser suplente y todo, no se porta mal con sus devotos, y los que arañan la pizarra milagrosa sacan los dedos ensangrentados, lo mismo que los que la arañaban en tiempos de la otra. Por ahí no han perdido nada con la sustitución.

También hace sus milagros de cuando en cuando. Sin ir más lejos, en esta expedición ha ocurrido uno.

Estaba un devoto enfermo sacando agua de un pozo, también milagroso, que hay allí, cuando llegó una niña, sobrina del humilde ermi-

taño, y le pidió agua. El hombre díjole en tono de broma:

—Si quieres que te saque agua, dame una perra.

(Nótese que, en broma ó en veras, los devotos siempre están pidiendo.)

La criatura fué á contárselo á su tío, y éste se presentó hecho una furia amenazando al devoto.

El pobre hombre, que estaba algo delicado, dió sus excusas al montaraz del santuario, que si no... él mismo lo dijo; hubiera entrado en la ermita por el revólver y le hubiese abrasado en fuego del amor divino.

No cumplió su promesa, pero avisó á una pareja de Guardia civil para que llevase preso al enfermo. ¡Así perdona las ofensas ese santo eremita!

¿Y el milagro? ¿dónde está? preguntarán ustedes. Pues consiste en que mientras los civiles se distrajeran vigilando á varios grupos de devotos que intentaban sustituirles el tricordio por otra prenda más cómoda, el preso se escapó.

A algunos les cabrá la duda de si debe su salvación á sus piernas ó á la protección de la virgen. A mí me consta que á la última.

Otro milagro de menor cuantía ocurrió, y fué que ante la misma imagen, dos hermanos en Cristo quisieron romperse la crisma por si uno ú otro habían de cobrar veinte céntimos, importe de rosarios.

¿Qué dirá el padre Cámara de estos desahogos de sus diocesanos?

Salvo su opinión, y aun sin salvarla, eso me parece más irreverente que las inocentes *Flores místicas* de EL MOTÍN, que tan indignado denunció á la alta tocaya suya.

NOTA, aunque inútil, para terminar.—Los que fueron enfermos al santuario volvieron lo mismo ó peor.

Si no, que se lo pregunten al ciudadano del pozo.

UN CURA DESAHOGADO

En un *conventillo* (casa de numerosa vecindad), número 1.355, de la calle de Belgrano, en Buenos Aires, vivía un clérigo italiano llamado Nicolás Layno, que en lo mujeriego podía competir honrosamente con sus compinches en el sacerdocio argentino, Castro-Rodríguez Motter y demás ínclitos *sotanas* de pujanza y bríos.

En la misma casa habitaba un matrimonio español, jornalero muy honrado y laborioso el marido, y hembra muy... ligera de cascos su costilla.

Para conocer las mujeres fáciles, nadie como los presbíteros. Cualquiera diría que para ellos llevan en la frente el rótulo *frágil*, como las mercancías que lo son.

El caso es que el tal Layno se fué derecho á

la mujer de su vecino, la requirió de amores y ella se dejó querer á las primeras de cambio.

Desde entonces el *conventillo* de la calle de Belgrano se convirtió en un centro de escándalo y en semillero de fundadas murmuraciones, promovidas por la descarada conducta del páter y su avío, que maldito lo que se cuidaban del *qué dirán*.

Entre los vecinos contábanse varios colegas y paisanos de Layno, que se morían de envidia y se les hacía la boca agua viendo la buena suerte de su afortunado compañero.

¡Cuántas veces al encontrarle á su paso murmuraban *sotto voce*!

Buena chica te... llevas picaronazo.

Tal vez de alguno de ellos partió el soplo que avivó los sentidos del confiado esposo, pues aunque tarde, notó que el ministro del Señor le estaba coronando y no de gloria.

Entonces se decidió á demandar en juicio de adulterio al presbítero y su mujer (y puede decirse así, porque más lo era del reverendo que suya).

Cualquier otro seglar ó presbítero que no fuese Layno, al verse ante un tribunal acusado de ese delito, se hubiese ruborizado por lo menos; pero él, al ser interrogado, contestó con la mayor frescura que era exacto cuanto se le imputaba; y, echando mano al Código penal argentino, leyó el artículo 22, que á la letra dice así:

«La mujer que cometa adulterio será castigada con prisión de uno á tres años, y el co-delincuente con destierro, también de uno á tres años.»

—Ese es mi delito—añadió tan fresco,—y esta la pena correspondiente. Estoy dispuesto á salir del país inmediatamente.

Todo esto lo dijo en una jerga italo-castellana difícil de comprender.

¡Calculen ustedes qué clase de cura será él, que antes de aprender el idioma de la nación en que habita se aprende al dedillo el Código penal!

Hay más, es decir, más desvergüenza en el mencionado *cucaracha*. Antes de embarcarse en el vapor que debía conducirle desterrado á Montevideo, fué á dar el abrazo de despedida al arzobispo monseñor Aneiros, en tanto que á su cómplice la encerraban en la cárcel.

En el palacio episcopal dicen que con el mayor descaro relató al arzobispo toda su historia galante.

Tal vez intentase presentar á su superior como un mérito la hazaña de haber llevado la discordia y la deshonor á un hogar donde todo erapaz y honradez.

Buena se va poniendo la diócesis de Buenos Aires con el contingente de presbíteros extranjeros que arriba á aquellas playas.

De seguir así las cosas, el gobierno argentino se verá obligado á cerrar los puertos á todo buque que conduzca sacerdotes, plaga que va siendo allí más temible que el cólera y la fiebre amarilla.

Preciso es que se prevengan contra la peste negra, que tantos daños causa en la moral y las buenas costumbres del país.

¡BÁRBAROS AL FRENTE!

Donde dice bárbaros, léase carlistas, y entiéndase que hablamos de los del Círculo de Haro, aunque el calificativo es aplicable á todos.

En dicho Círculo ocurrió días pasados una escena de esas que piden decoración de selva.

El conocido ilusionista y taumaturgo señor Fernando, que la noche anterior había trabajado con aplauso en el teatro Español de aquella localidad, solicitó y obtuvo de la Junta directiva del mencionado centro carlista permiso para celebrar una velada, después de convenida aquella de que entre los juegos que había de ejecutar no había ninguno de espiritismo.

A la hora convenida se presentó el prestidigitador en los salones del Círculo, encontrándose llenos de numerosa concurrencia.

Ya se disponía á dar principio á sus juegos, cuando se vió sorprendido por una gritería espantosa, digna de rifeños.

—Ese es un brujo que viene á hacer diabluras para burlarse de nosotros — gritaba uno de aquellos zulus.

—O un herejote liberal que viene á enterarse de nuestras cosas — aullaba otro.

—Que se vaya de aquí ese tal y cual.

—¡Que se vaya! ¡que se vaya! ¡fuera! ¡fuera!

—¡Viva D. Carlos! ¡Viva nuestro rey!

—¡Viva!

—¡Viva la mujer de nuestro rey!

—¡Vivaa!

—¡Vivan los hijos de nuestro rey y de la mujer de nuestro rey!

—¡Vivaaaan!

—Que grite con nosotros ¡viva D. Carlos!

El artista al pronto se quedó dudando de si estaba en un manicomio suelto, ó entre una tribu de hotentotes, pero conservó la serenidad de ánimo; y cuando se hubo apaciguado algún tanto el tumulto, protestó, diciendo á los que aún continuaban gesticulando, estas ó parecidas palabras:

«Señores: no he venido á presenciar ninguna manifestación política, sino á ganarme honradamente una peseta. Quería sorprenderos con los secretos de la nigromancia, y el sorprendido soy yo, pues me ofrecéis un espectáculo impropio de personas. Por lo demás, os advierto que no puedo responder á vuestros vivas, porque antes sería turco que partidario de D. Carlos.»

Y después, dejándose llevar algún tanto de su justa ira, añadió:

«Para que veáis lo que yo estimo á ese hombre que tanto os entusiasma, mirad lo que hago.»

Y disparó una pistola sobre el retrato del pretendiente, dejando pegadas cuatro sotas en la fisonomía de *Chapa*.

¡La que se armó entonces! Unas cuantas docenas de aquellos energúmenos se abalanzaron como fieras sobre el artista, y no se sabe lo que hubiera ocurrido á no intervenir tres ó cuatro personas, acaso las únicas que allí había.

Después uno de los concurrentes pidió la palabra y soltó un discurso, supongamos, que ofendió más al prestidigitador que todos los insultos que había oído antes, por lo que se apresuró á tomar la puerta.

Así terminó aquella asamblea de cafres que recordará toda su vida el atropellado, y le servirá de regla para medir los puntos de cultura, urbanidad y carácter hospitalario que calzan los dignos súbditos del rey de las húngaras.

EN EL GARLITO

No sé si es en Berja ó en un pueblo de aquellos inmediatos, donde á un señor sacerdote le ha ocurrido el siguiente percalce.

Tiene el tal una íntima amiga, y, como es consiguiente, la visita para arreglarle sus asuntos espirituales.

Un día fué á verla en ocasión en que estaba absolutamente sola, pues hasta la criada había salido á no sé qué encargo.

Franquéole ella la puerta, y allí estuvieron conversando de las cosas de arriba y tal vez de algunas de abajo, hasta que llamó la doméstica una, dos y hasta cuatro veces, al cabo de las cuales la señora, malhumorada (porque no le gusta que la interrumpan en esos negocios de la salvación), salió á abrirle; pero la envió inmediatamente al jardín á no sé qué encargo, mientras el señor cura, terminada su misión, se disponía á salir.

La muchacha desempeñó la comisión al vuelo, y cuando volvió ¡qué espectáculo vieron sus ojos!

El casto ministro del Señor estaba cogido por la sotana entre la puerta ya cerrada y el quicio, como pájaro en ballesta, teniendo que abrir la criada para que recobrara su libertad perdida.

Cuando se avistaron ama y criada, ésta preguntó.

—Señorita ¿se ha estado usted confesando?

—No.

—Pues ¿á qué ha venido el cura?

—¡Insolente! Ha sido el zapatero.

—No, señorita, ha sido el cura.

—He dicho que ha sido al zapatero.

—¡Si he tenido que abrir la puerta porque se pilló la sotana!

A este diálogo siguió una escena de denuestos por parte del ama y de carcajadas por la de la criada, á quien probablemente le habrá costado el episodio salir de la casa.

Me alegro. Así aprenderá á conocer al zapatero que calce á su ama de botas, al cura que la descalce de pecados.

LA CLAUSURA DEL TEATRO ESPAÑOL

EXPOSICIÓN AL SEÑOR MINISTRO DE FOMENTO

(Continuación.)

En nuestra sociedad, los procedimientos, el modo de vivir, han variado de un modo colosal, completo, en comparación con las antiguas sociedades. En otros tiempos, en las edades medias, las pasiones eran violentas, se vivía en perpetuo drama trágico, sostenido por el espíritu de la época. Hoy abunda más el buen *modus vivendi*; el drama estalla á nuestro alrededor revistiendo casi siempre una forma correcta. Hoy los caballeros y los segundones, los honrados y los canallas, los valerosos y los cobardes, visten el frac y suelen acudir mejor á la transacción legal que al juicio de Dios; no se usan á diario los filtros, ni se escalan los palacios para robar á las damas, ni se peregrina hasta Tierra Santa para purgar lo que si antes se creían pecados mortales, se consideran hoy galanterías del buen mundo. Ha cambiado el medio ambiente, y, por lo tanto, han variado los modos de expresión cabal y completamente.

Ni se concibe el desplante trágico, ni las décimas antes de morir, ni las octavas reales para expresar por medio del monólogo un estado de conciencia determinado. Estamos acostumbrados á verlo todo en prosa, á que se desarrollen las mayores catástrofes, quizá las más grandes infamias y los más sublimes heroísmos de un modo sencillo, correcto, repito, sin necesidad de sostener una postura forzada ni de gritar de un modo estupendo. Dentro de la misma vertiginosa fiebre en que vivimos, al lado de la gran neurosis que la vida moderna provoca con su incesante torbellino, con su vertiginosa actividad, úsanse más los calmantes que las grandes resoluciones. Esta sociedad prefiere el uso de la morfina al manejo del hierro candente. Las exaltaciones lúgubres del ascetismo terminaron con la extinción de la última hoguera. Las exaltaciones trágicas de la filosofía terminaron con la aceptación del derecho moderno por todos los opresores. El problema de las sociedades actuales no es ni político ni religioso, es simplemente económico; el *modus vivendi* consiste

en un epicurismo modernizado con tendencias humanitarias y grandes, con procedimientos igualitarios, pero sobre todo, cómodos. Vivir mucho y vivir bien; he ahí el problema del Hamlet del siglo. Cuanto menos se sufre, mejor; cuanto menor es el esfuerzo necesario para conseguir un bien, tanto más se saborea; y si causan admiración los grandes esfuerzos, las pasiones exaltadísimas, es, porque cuanto mayores y más exagerados son, están á mayor distancia de nuestros cotidianos hábitos y del molde de nuestras costumbres, prácticas, reposadas y en constante transición, pero de evolución lentísima.

Muy lejos del objetivo que me propongo me llevarían estas consideraciones que, por otra parte, convendría ampliar, examinando por comparación las causas de decadencia de nuestro teatro y comprobando de pasada la falsedad del género que allí se representa, principal causa á mi modo de ver del alejamiento del público, sobradamente razonado además por la pésima interpretación que allí se da á todos los repertorios antiguo y moderno.

La compañía que hoy actúa en el teatro Español no pasa de ser una mediana colección de cómicos, que cuando más podrían servir para reforzar el grueso de un buen cuadro dramático, como se dice en el lenguaje de entre bastidores, pero que en manera alguna son aptos para constituir una compañía capaz de afrontar una campaña digna de la primera escena nacional. La señorita Cobeña es muy joven aún; tal vez más adelante, y prescindiendo de los malos modelos á quien se obstina en imitar, llegue á servir para dama joven. La señorita Calderón no está ya en edad de prometer nada, y con todo lo que hace (y con eso no pretendo agraviarla) no puede ser la sucesora legítima de Matilde Díez ó de Elisa Boldún. De las demás señoritas que llenan los huecos de la lista, nada sé, ó poco menos, pues uno de los añejos defectos del teatro Español es el de representar las comedias siempre con el mismo cuadro. Una de dos, sirven ó no sirven esos quince ó dieciséis actores y actrices que forman el cortejo de los restantes nombres conocidos. Si sirven, ¿por qué no trabajan?, y si no sirven, ¿para qué los contrata la dirección?—D. Ricardo Calvo, aparte de los vicios heredados de su difunto hermano y de los propios, como *galán joven* puede ser estimabilísimo... pero nada más. El señor Jiménez es un actor terrible por su dicción amanerada y por la intensidad de su voz, que golpea y repercute rítmicamente, como un «tan tan», por los ámbitos de la sala, espantando á los timoratos y ensordeciendo á todos. El Sr. Perrín promete también, pero tal vez no llegue á dar, encerrado en aquellos moldes tan estrechos y representando, casi siempre, agobiado por el peso de un casco ó de una armadura, obligada indumentaria de la mayor parte de los días del año. Queda solamente el Sr. Vico, cuyo poderoso talento soy el primero en reconocer, pero que ni físicamente está en condiciones de sostener por sí solo el trabajo forzado de una temporada entera, ni á despecho de su mismo mérito, puede, por la circunstancia misma de estar aislado, escoger los papeles que mejor se acomodan á sus aptitudes y al estado de su quebrantada salud.

Por otra parte, los actores del teatro Español se resienten del vicio producido por una declamación forzada, viejo resabio de la antigua tragedia y del drama romántico, altisonante y ampulosa, y que además es sobradamente antiestética, porque en ninguno de ellos es espontánea, natural, sino remedada. La mayoría de los actores del Español, á excepción del Sr. Vico (á quien también escluyo de este análisis), padece la enfermedad denominada mimetismo, ó neurosis imitativa en el más alto grado de perversión, y si en su larga permanencia al lado de su malogrado director hubieran adquirido alguna de sus buenas cualidades, esto— aunque siempre sería un grave inconveniente que obligaría á que las comedias fueran representadas por una colección de autómatas regi-

dos por igual mecanismo—podría pasar en algunas ocasiones y en determinadas obras; pero con arreglo al triste privilegio de todas las generaciones psíquicas, la neurosis imitante padecida por los actores del Español sólo les consiente conservar é imitar los defectos del muerto, agigantados por la inferioridad y por la falsedad que siempre resulta de lo que no es peculiar y propio, genial tal vez, sino producto de la imitación y del fingimiento.

Al presenciar las primeras escenas de cualquier obra allí representada, sorprende ver á aquellas gentes que se mueven de un lado para otro dominadas por un fatal presentimiento, declamando lúgubramente aun los pasajes más triviales y demostrando con la acción y con el gesto lo convencidos que están (sin duda por los ensayos) de que allí se va á desencadenar una catástrofe. Las señoras gimotean sin cesar, con el pañuelo convulsivamente apretado entre las manos. Los caballeros agitan desesperadamente los brazos, se despatarran y golpean furiosamente, y cuando algún ayuda de cámara se presenta para anunciar que «el coche espera», parece que lo dice muy á pesar suyo, obligado por un penoso deber, y con acento tan dolorido como si anunciara la muerte de su padre...

Desde el momento en que los cómicos no destruyen con su talento y con su naturalidad parte del convencionalismo que siempre flota sobre el teatro, el atractivo desaparece siendo reemplazado por una exhibición de gentes que declaman mejor ó peor un trozo literario más ó menos bueno.

LUIS PARÍS.

(Se continuará.)

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Nuestro corresponsal de Vinaroz tenía un sobrino de once años, al que dedicaba á la venta de El Morix y otros periódicos.

Un día desapareció, sin que fuera posible hallarle, á pesar de todas las pesquisas que se hicieron. Cinco días después sus tíos le encontraron á la puerta de la casa de unas beatas muy amigas del cura.

Condujéronle á casa, y al preguntarle qué motivos le habían impulsado á fugarse, dijo que las citadas beatas le cogieron de la mano y le presentaron al cura, el cual les encargó lo retuviesen en su casa mientras hacía las diligencias necesarias para trasladarlo á un asilo de beneficencia.

Esto después de preguntarle al chico que con quién vivía, si era de la población, cuánto tiempo llevaba en ella, quién le entregaba los periódicos que vendía y otra porción de cosas, amenazándole después con que se condenaría si continuaba vendiendo tales publicaciones.

Desde el día de la desaparición hasta que le encontraron, estuvo el muchacho oculto unas veces en casa del párroco, otras en la de sus amigas, algunas en la iglesia, y en una ocasión que se registró el templo para buscarle, el páter lo encerró en la sotana.

Si esto no es un secuestro en toda regla, ¿quieren ustedes decirme cómo he de calificar esta hazaña del sotana y sus amigas?

Ante una taquilla penitencial de Sabadell se presentó una devota.

—Acúsome padre—dijo—de haber incurrido en pecado.

—Bien ¿y qué?

—Que he resultado... ¡pobre de mí!

—¿Qué estado es el suyo?

—Interesante. Figúrese usted.

—No digo eso. Si es soltera, casada ó viuda.

—Viuda, hace tres años.

—Entonces de ese pecado no la puedo absolver aquí. Pásese usted á la tarde por mi casa.

Acudió la penitente á la cita y encontró al confesor dispuesto á absolverla aquel pecado y todos los que se ocurrieran.

—Entre usted aquí—dijo conduciéndola á un sitio oscuro.—Aquí hemos de ser francos—añadió apeándose del tratamiento.—Si quieres, si quieres que te absuelva...

Y al llegar aquí le hizo una proposición que yo entiendo.

La viuda se puso á gritar mientras el páter intentaba tranquilizarla diciéndole:

—Ven... (con otras frases que el respeto que debo á mis lectores me impide estampar.)

Una carta escrita por encargo de la interesada á nuestro querido colega La Tramontana, de Barcelona, garantiza la exactitud de la noticia, que no necesita más comentario que un buen garrote aplicado al ardiente ministro del Señor después de unas buenas duchas que aplaquen su temperamento libidinoso.

A nuestro querido colega O Seculo, de Lisboa, le ha dirigido D. Teodoro Fonseca Merquita, ex alumno del tercer curso de teología en el seminario de la Guarda (Portugal) una extensa carta.

No la reproduce íntegra, pero extracta lo siguiente:

«Nos dice el Sr. Merquita que la sodomía corre allí parejas con la embriaguez, sin que por parte de los superiores se haga nada por extinguir aquel estercolero de ignominias. El vicerector ha sorprendido varias veces á sus educandos en pleno goce ilícito de los más inmundos é invertidos amores, limitándose á unas pequeñas reprensiones benévolas. ¡Y esto cuando la falta á misa es castigada con un día de ayuno forzoso!

Siempre lo mismo en las casas de educación católica: la hipocresía en la religión, y la hipocresía en las costumbres.»

Repetimos lo que ese estudiante de teología.

Siempre, y en todas partes, son lo mismo los centros de enseñanza católicos.

Francia tuvo su Cîteaux, Portugal tiene su Guarda, y España, aunque en menor escala, su Corbán.

Pero ni aquí ni allí ni en ninguna parte escarmentan los padres de familia, que envían sus hijos á semejantes antros de corrupción.

Lo sensible es que la ceguera de los padres la paguen los hijos, abriendo los ojos cuando ya no tiene remedio la cosa.

La fechoría cometida en España por el cura Motter, asesinado en Las Conchas (República Argentina), y á que aludíamos al publicar sus datos biográficos, fué la siguiente:

Huyendo, como dijimos, del padre de la muchacha que deshonró en Roma, vino á Cádiz, donde obtuvo el economato de una iglesia de las afueras, aneja á una de las parroquias.

Como aquel cargo le producía poco, inició una suscripción para levantar un altar nuevo, y le llovieron las pesetas como los granizos en un chubasco.

Un día apareció cerrada la iglesia, pero no parecieron ni el páter ni el dinero de la colecta, ni el de las ánimas, ni objeto alguno de los que pudieran valer algo en el templo.

El buen sacerdote lo había pasado todo por agua, adjunto con su persona, yéndose á Buenos Aires.

Aquí encaja la siguiente meditación piadosa:

Considera, alma cristiana, cuando un cura te pida dinero para hacer altares ó con otro pretexto, que bien puede ser un timador y un libertino como Motter, y no sueltes un cuarto.

La sotana no santifica el volumen que cubre, como no bonifica el fardo al bacalao que encierra.

Y, en la duda, abstente.

El santo de Valdepeñas de Jaén es atroz.

Cada día nos sorprende con un milagro de padre y muy señor suyo.

El último que ha cometido es de los que bastan por sí solos para poner á un hombre de golpe y porrazo en los altares.

Se le presentó un jorobado rogándole que le quitase aquel volumen inútil.

—¿Qué oficio tienes?—le preguntó el favorecido del cielo.

—Peón de albañil, señor.

—¿Peón de albañil, dijiste? Pues ya sé lo que tienes. Ese bulto proviene de que con tanto acarrear ladrillos sobre la espalda se te ha ido acumulando en ella el polvillo y... ¡mira lo que te afeaba!—añadió metiéndole mano á la jiba y sacando un par de ladrillos.

Conque ¿milagrea ó no milagrea el apóstol?

Y eso que el obispo de Jaén lo ha desautorizado diciéndole que no puede hacer milagros porque no tiene la gracia de que hablan los teólogos.

Podrá no tener esa; pero como gracia, ¡vaya si la tiene de veras!

Los caritativos frailes que tienen á su cargo el seminario Regina Martyrum, de Buenos Aires, pusieron de patitas en la calle á uno de los alumnos, atacado de viruelas, precisamente en el período más álgido de la enfermedad.

El infeliz varioloso, que no tenía familia en Buenos Aires, consiguió penosamente dirigirse á la estación, y en uno de los trenes se trasladó á Lomas de Zamora.

Allí anduvo mendigando un hogar, hasta que una familia, conmoviéndose de su desgracia, lo recogió y prestó los cuidados que su estado exigía.

Se ha dado conocimiento de acto tan salvaje y antihumanitario á los padres del muchacho, que residen en un pueblo de aquella provincia, los cuales se disponen á presentar ante los tribunales la oportuna querrela contra esos caribes de sayal.

Fíjense ustedes en que el colegio se llama Regina Martyrum, esto es, reina de los mártires.

Un jueves por la tarde, cuando los chicos de Carine (Barcelona) andaban de asueto escolar por las afueras del pueblo, vieron venir una manada de vagos de cerquillo.

Verlos y volverse al pueblo gritando ¡que vienen frailes! ¡que vienen frailes! todo fué uno.

A poco llegaron los reverendos, y fueron recibidos con una ovación estrepitosa.

Los que no los llamaban gaudules y haraganes, descargaban sobre ellos cada peladilla de arroyo que valía por tres, hasta que tomaron la prudente resolución de volver grupas y abandonar la población que en mal hora se les ocurrió visitar.

Si en todas partes encontrasen una recepción por el estilo, escarmentarían de querer vivir á costa del prójimo, y procurarían, como cada quisqui, ganarse el pan con el sudor de su frente.

Precepto divino que para ellos es música celestial.

Todas cuantas fechorías ha hecho el páter de Fullela las está pagando ahora con unos misioneros que se han descolgado por allí para hacerle la competencia.

Por de pronto, lo primero que se han dejado decir es que sus confesiones son más eficaces para borrar los pecados que las de los curas.

No habían de ser menos los quitamanchas espirituales que los profanos. ¿No es corriente entre éstos anunciar:

«Se quitan manchas con más prontitud y economía que en el tinte de enfrente?»

Pues ¿por qué no les ha de ser lícito á los otros?

Todos tienen el mismo oficio, sólo que unos trabajan en ropas y otros en conciencias.

¡Y dicen que las amas de cura no sirven más que para una cosa!

Véase lo contrario.

Al presbítero José Fortuny, beneficiado de Santa María del Mar (Barcelona), le trincaron por el gáznate dos ladrones al entrar en el portal de su casa, y allí lo hubieran hecho escupir desde la primera hostia hasta la última peseta, á no ser por su mayordoma que se asomó á un balcón, dió voces y ahuyentó á los ladrones con sus gritos.

¿Con qué se pagan ¡oh impíos recalcitrantes! estos y otros buenos servicios que las consorcios de clérigos prestan á sus señores?

Con desplumar á los feligreses para tenerlas gordas, lujosas y saludables.

En Murcia se publica un periódico, titulado El Monaguillo, tan pequeño de tamaño como grandísimo y más en picardías irreverentes contra nuestra augusta y sacrosanta religión.

Miren cómo se despacha el arrapiezo tomando el pelo á un colegio católico de su localidad:

«Están propalando los malditos librecondenados que, por ciertas señales que han observado y por antecedentes que ellos tienen, esperan que el día menos pensado se va á convertir el sagrado colegio establecido en la plaza de Vinadel, en el lago de Asphaltite, llevando el terror y el espanto á los vecinos colindantes.

¿Para cuándo esperará el Señor mandar el fuego con que abrasó á Sodoma y Gomorra sobre esas maldicientes lenguas? En ese colegio lo que hay son tiernos é inocentes corderos de Churra, de Maciascoque y hasta del mismo pueblo de Bujalance, que acuden á recibir el inmenso bien de la enseñanza escolástica que en tal asilo les dan por poquísimo dinero, amén del alimento del cuerpo.»

Conque del cuerpo, ¿eh? ¿Y por qué no también del alma, irrespetuoso apañacirios? ¿Es obstáculo que á esos alumnos les den sano y caliente alimento corporal para que también se lo faciliten superabundante y espiritualmente?

¿Qué tiene que ver la... cocina con la gloria?

El sotanoide de Arrigorriaga, uno de los más fogosos integristas vizcaínos, se levantó de mal humor el otro día, y así como pudo desahogar la bilis armándole una bronca á su ama ó dando una paliza á un monaguillo, prefirió trepar al púlpito y desahogarse insultando á los liberales.

En el ardor de su elocuencia llegó hasta asegu-

rar que él había visto arder á un liberal. Buena vista, ¿eh?

Algunos que le oían y que, en buena hora lo digan, no han sido aún ni chamuscados con un misto, proyectaban encenderle el pelo; pero varios amigos los hicieron desistir de su propósito, y se han resignado á esperar la ofrecida continuación del sermón, para levantar acta, enviársela al gobernador y que éste la pase á los tribunales de justicia.

Suponiendo que el *páter*, sabedor de este proyecto, no se tiene un poco más la coronilla en la segunda parte de su arenga; que sí lo hará por la cuenta que le tiene.

De cómo practica la hormigueta espiritual de Teberga el desprecio á los bienes terrenales.

Se contenta con tener cincuenta cabezas de ganado vacuno, un perrazo como un canónigo para guardarlas y extensa pradera, toda comprada á poco precio y aprovechando apuros de sus antiguos dueños.

Además negocia en los mercados en tal escala, que hay quien calcula en treinta mil reales las compras que ha hecho últimamente.

Sin embargo, no es feliz, porque todo lo afortunado que es en los negocios, lo tiene de desgraciado en su vida íntima.

Una señora, parienta suya, le arma casi todos los días un escándalo, y no sólo á él, sino á la robusta somedana que tiene á su servicio; oyéndose allí calificativos feroces contra la última y viéndose á veces á la moza del tonsurado con cada arañazo que parece un surco.

Tiene razón mi amigo don Facundo, que no hay dicha completa en este mundo, ni paces duraderas y seguras entre amas y parientas de los curas.

A un tal Clarés lo han nombrado ecónomo de Alcantarilla (Murcia), y parece que ese Clarés no se clarea con nadio.

Vamos, que no le gusta hacer el *primo*.

Como la casa propia del curato pertenece al cura propio del mismo, y como éste con toda la propiedad y corrección posibles cobra alquileres más crecidos que ningún casero, de ahí que el nuevo ecónomo se haya ido á vivir á otra casa particular que, costándole la mitad menos, es más espaciosa y mejor acondicionada.

Lo que me explico perfectamente. El cura ecónomo debe ser también económico, ya que no pueda permitirse los lujos del propietario, que se da la gran vida, sin cuidarse de su parroquia ni el obispo que lo fundó.

En un presidio de las provincias de Levante trabaja de capellán un clérigo que ha errado la vocación al hacerse tal, y no cabo de vara, que es para lo que demuestra más aptitudes.

Días pasados, porque á un recluso se le escapó un juramento, arremetió con él á bofetadas y lo puso como nuevo.

Si da en repetir esas hazañas, no sería difícil que tropezase con algún penado de poco aguante que le hiciese una cala en el abdomen.

Y no sería yo quien se extrañase de ello, pues á eso se expone el que abusa de la triste situación de los presos para maltratarlos.

Con motivo de celebrarse el aniversario de la muerte de un fraile del convento de Remey el día 27 de Noviembre último, el *motilón* encargado de sermonearle dijo:

—Aquel hermano, al morir tan heroicamente, fué un mártir de la santa causa, y todos están dispuestos á imitarlo, muriendo con las armas en la mano, como también deben hacerlo los fieles que me escuchan.

¡Arma, arma!... ¡Guerra, guerra!...

Nota.—Aunque parezca mentira, todavía anda sin bozal ni cadena el fogoso adalid del monarca alcornoqueño.

¿Podrías decirme, amigo Amorín, de Fomento (Cuba), quién fué un presbítero que, disputando de noche con otro en la plaza pública, le disparó unos tiritos que si lo pescan lo inutilizan para escurrir más cálices?

¿Sabes si lo que discutían era el mejor derecho al cariño de una beata?

¡Santa Antolina te valga! Me prestarías un buen servicio diciéndome quién es *ella*, quiénes son ellos, y muy especialmente quién es ese humilde sacerdote que argumenta revolver en mano.

Para proponerle á la primera vacante de cabecilla que ocurra.

Ciudadanos de Fomento (Cuba): ¿Me quieren ustedes dar la *guayaba* ó hacerme comulgar con ruedas de molino?

¡Como que voy yo á creer que el cura Amorín, cuando no tiene gana de decir misa, envía al sacristán para que la diga, y que no se nota el *infundio*, porque nadie va á la iglesia!

Eso ya sería demasiado atrevimiento en un presbítero.

Aunque éste sea el propio Amorín, ex acemilero y actual acémila carlista, y uno de los curas más despreocupados.

Por la boca muere el pez y se condena el jesuita. Véase cómo ha confesado uno, apellidado Bartolín, sus aficiones al bello sexo desde el pulpito de San Nicolás, de Requena:

«Los librepensadores son la representación de los bárbaros del Norte. Si por desgracia sus dogmas fuesen leyes, pegarían fuego á nuestras casas y atropellarían á nuestras mujeres.»

¿Conque *nuestras* y todo, padre? No se contenta vuestra paternidad con una, y las tiene á pares por lo menos.

Cuando digo que ni el más Bartolo de los curas se está sin su correspondiente media naranja...

La escena en la calle del Olivar.

Un cura, en traje medio casero y medio de facna, disputa desde un balcón del principal de una casa de la acera de los pares con la vecina del cuarto segundo, que le ha echado polvo á sus tiestos.

—Sucia, y tal y cual. Más valiera que volviese usted adonde ha estado siempre: á una casa de... amas.

Un transeunte.—Aun cuando sea verdad, ¿cómo sabe el *páter* el domicilio anterior de esa joven? ¿Me escamo!

Y es para escamarse.

Pues sí, señores; poetisa y todo nos ha resultado la hermana del *páter* de Tudela de Duero.

Su hermano mismo lo asegura, añadiendo que es tan modesta, que no quiere que hasta que se muera vean la luz los frutos de su ingenio.

Y que lo tiene y mucho, según parece, pues varios tenderos, panaderos y otros industriales de la villa, no logran con todo su talento convencerla de que debe pagar algunos piquillos que les adeuda.

¿Tendra talento la moza?

Un beato algo tonto de Navarclés se gastó el otro día siete pesetas en comprar á un ciego todos los ejemplares que llevaba de un *Romance del fraile que fué á conquistar á una monja*, con el objeto de evitar que los vendiese por el pueblo.

Se salvó la religión con el desprendimiento de ese neo.

Como si mientras haya frailes tenorios y monjas sensibles faltasen romances y aun poemas de sus hazañas.

Los santos de una iglesia de Fomento (Cuba) han subido al cielo... convertidos en humo.

Un incendio terrible redujo templo y santos á carbón. Y ¡oh protección celeste tan visible! aún continúa intacta, incombustible, esta pecaminosa Redacción.

Y ya que de aquel pueblo me ocupo.

Al *sacris* de otra de las iglesias le ha sucedido un percance.

Subió á tocar las campanas, lo que no había hecho hacía tiempo, y, al dar el primer badajazo, se le vino encima un enjambre de abejas que había hecho su colmena en la torre, y, para huir de ellas, tuvo que tirarse por la escalera.

Sin duda los animalitos le tomaron por lo que es. Por un zángano que no trabaja, y estorba el que otros lo hagan.

PALOS Y PEDRADAS

Nuestro querido amigo el conocido autor dramático D. Juan Maillo, ha tenido la desgracia de perder á su hija, preciosísima niña de ocho años.

Le acompañamos en su justo dolor, y le deseamos la resignación necesaria para soportar tan rudo golpe.

También nuestro compañero en la prensa D. Alfredo Calderón, director de *La Justicia*, ha experimentado la pérdida de su señora madre política doña Pilar Aguilar. Reciban él y su familia nuestro sentido pésame.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

El Aparecido, novela de Wilkie Collins. Versión castellana de E. Godínez.

Esta obra, que fué escrita durante un viaje del autor á los Estados Unidos y publicada por primera vez y simultáneamente en Nueva York y Londres, ha sido reimpresa muchas veces y traducida á varios idiomas, lo cual nos excusa de hacer su elogio.

En el mismo volumen va incluida otra novela del propio autor titulada *Perey y el profeta*, y ambas forman el tomo 140 de la Biblioteca de *El Cosmos Editorial*.

Consta de 324 páginas en 8.º, y se halla de venta en la administración de la mencionada biblioteca, Arco de Santa María, 4, baja, Madrid, y en las principales librerías, al precio de *dos pesetas cincuenta céntimos* en rústica y *tres* en tela.

En el mar, por Guy de Maupassant. Traducción castellana de Leopoldo García Ramón, dibujos de Riou, grabado de Guillaume hermanos.

Es esta obra un precioso *diario* de viaje por las costas del Mediterráneo, en que el autor expresa día por día cuanto veía y pensaba con elegante y terso estilo, y profundo espíritu de observación.

Como preliminar á la obra, el traductor ha publicado concienzudo ensayo crítico acerca de Maupassant y sus escritos.

En el mar, forma un tomo de 268 páginas en 8.º, con gran profusión de láminas tiradas aparte, y numerosos grabados intercalados en el texto.

Véndese á *tres pesetas cincuenta céntimos* en las oficinas de *La España Editorial*, Tutor, 21, Madrid, y en las principales librerías.

Don Rafael M. Merchan, distinguido escritor colombiano, nos ha remitido un folleto titulado *Carta al señor don Juan Valera sobre asuntos americanos*, impreso en la tipografía de *La Luz*, calle 13, número 100, Bogotá.

Por ahora nos limitamos á darle las gracias. Más adelante examinaremos su opúsculo y expondremos nuestra opinión.

La Libertad Religiosa en España, juzgada por la opinión pública de Europa, por Ricardo Fuente.

Este importante folleto de la *Biblioteca Radical*, se halla de venta, al precio de *cincuenta céntimos*, en la administración de la misma, Isla de Cuba, 15, Madrid, y en las principales librerías.

Para muestra es una colección de poesías varias, originales de D. J. Ocaña, á la que precede un prólogo del ingenioso *Silverio Lanza*.

Forma un folleto en 8.º, de 32 páginas, y se vende á *peseta* en las principales librerías.

ADVERTENCIA

Hemos puesto á la venta la célebre obra de Pigault-Lebrun **EL COMPADRE MATEO**, al precio de **DOS pesetas**.

Los suscriptores directos á **EL MOTÍN** la recibirán con el *cuarenta por ciento* de rebaja.

OBRAS NUEVAS

ALMANAQUE DE EL MOTÍN
para 1890

Precio: UNA peseta.

GARROTAZO LIMPIO

POR JOSÉ NAKENS

PRECIO: DOS PESETAS

LAS RUINAS DE PALMIRA

6

Meditación sobre las revoluciones de los imperios.

seguida de *La Ley Natural*.

POR C. F. VOLNEY

Precio: una peseta.

Los suscriptores directos á **EL MOTÍN**, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir estas obras, y las demás de nuestra Biblioteca, con el *cuarenta por ciento* de rebaja, francas de porte. *Pago adelantado*.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.